

LUCY LIPPARD

La ciudad y su disfraz. La influencia del turismo en Santa Fe, Nuevo Méjico



Lucy Lippard durante su intervención en *Sobre capital y territorio II*

Texto de la conferencia que impartió Lucy Lippard en el marco de la tercera presentación pública de [Sobre capital y territorio II](#) [programa [UNIA arteypensamiento](#)].

Traducción: Pilar Vázquez

LA CIUDAD Y SU DISFRAZ

La influencia del turismo en Santa Fe, Nuevo Méjico.

Hace algunos años, leí esta pintada en un muro de Barcelona: “Turista, tú eres el terrorista”. Estaba escrita en inglés: “*Tourist you are the terrorist*”.

“Nuestra época prefiere la imagen a las cosas, la copia al original, la representación a la realidad, la apariencia y la simulación al ser. Sólo la ilusión es sagrada”. Esta cita pertenece al filósofo premoderno Ludwig Feuerbach y resulta entristecedor que, más de un siglo después de su muerte en 1872, todavía posea tanta relevancia. El situacionista francés Guy Debord la utilizó en el inicio de *La Sociedad del Espectáculo*, un ensayo que se ha convertido en todo un clásico de los años sesenta. El propio Debord consideraba que el turismo era “un subproducto de la circulación de las mercancías. [...]La circulación de seres humanos considerada como un producto de consumo se reduce básicamente al placer de ir a ver algo que ya es banal. El proceso de modernización que ha eliminado el factor tiempo del viaje también lo ha excluido de la realidad espacial”.

El espacio real es siempre problemático, ya vivamos en él o lo visitemos. El espacio imaginario es, al contrario, extremadamente asequible. Casi desde el principio, el turismo y los destinos turísticos fueron concebidos e imaginados por el capital o capitalizados gracias a la imaginación. Yo vivo cerca de Santa Fe, en Nuevo Méjico. Como cualquier otro lugar, es una multiplicidad de lugares distintos, ubicados todos entre la realidad y la imaginación. Sin embargo, durante este último siglo, Santa Fe ha sufrido un proceso de transformación en artículo de consumo que supera todas las expectativas, y es de esperar que ahora, con la celebración del cuatrocientos aniversario de su fundación, las cosas se nos vayan todavía más de las manos.

Los habitantes de Nuevo Méjico tenemos sentimientos contradictorios hacia el turismo. Dependemos de él, por supuesto, como dependemos de la energía nuclear, del ejército, de la minería y desde hace poco de *Hollywood*. Y no somos los únicos; muchas ciudades, regiones y estados enteros del oeste de los Estados Unidos han tenido que recurrir al turismo cuando las actividades tradicionales se desmoronan, lo que parece una medida desesperada en unos paisajes agotados definitivamente por la extracción de materias primas —la minería, la madera, el gas, el petróleo o la ganadería intensiva. En comparación con éstas, el turismo se promociona como algo ecológicamente correcto y con un bajo impacto ambiental, es decir, como “un mal menor”. Y esto a pesar de que la multiplicación de las tiendas, los restaurantes, las viviendas, las carreteras y las infraestructuras – es decir todo lo que implica el turismo ligado a una segunda vivienda – es extremadamente agresiva para el delicado equilibrio del desierto. En el oeste americano, la naturaleza forma parte de la política y la política tiene profundas consecuencias en la naturaleza. Hace diez años se puso de moda en Santa

Fe una pegatina para el maletero del coche en la que se podía leer “Más Minas, Menos Turismo”. La minería era considerada algo viril, más aceptable en el “salvaje Oeste”.

La clase media americana prefiere visitar Europa antes que cualquier lugar de los Estados Unidos, pero cuando no pueden permitirse viajar fuera, suelen venir a Santa Fe. Es lo más parecido al extranjero que un americano puede encontrar dentro de sus fronteras, y esto, para los habitantes de Santa Fe, es bueno y malo a la vez. El estado de Nuevo Méjico ha aumentado sus recaudaciones fiscales y conseguido voluntarios para realizar tareas públicas y filantrópicas, pero todo buen ciudadano de Nuevo Méjico mira con cierto desprecio a los turistas, a pesar de que una parte de nosotros llegó aquí *de turista*. Somos perfectamente conscientes de que junto a la imagen que surge de nuestra propia realidad, nuestra ciudad es también su doble, el territorio imaginado por el capital.

La historia y la nostalgia de un pasado que se ha conservado momificado son el atractivo de Santa Fe. La historia, creada y recreada, es desde luego la fuente que alimenta todo el turismo. Para entender esto, los europeos necesitarían un pequeño ajuste en los relojes de su historia porque, para un americano, Nuevo Méjico es la Antigüedad con mayúsculas, es decir, principios del siglo diecisiete. Están también las grandes ruinas de piedra, construidas por los indígenas algunos siglos antes, pero las culturas indias no cuentan para la historia americana. Son *pre*-históricas, como si no hubiese existido historia alguna hasta que los europeos empezaron a escribirla.

Debería aclarar un poco el contexto. El área que ocupa hoy Nuevo Méjico fue invadida por los españoles en 1539 y colonizada en 1598. *La Villa Real de Santa Fe*, fundada alrededor de 1607 es la capital más antigua de los Estados Unidos y la única que sigue siendo bilingüe. El español sigue siendo la lengua principal para la mayoría de las personas de más edad. Para cuando los indios pueblo y los colonos españoles empezaron a mezclarse y a convivir bajo una precaria paz, la provincia formaba ya parte de Méjico. Veinticinco años después llegaron los así llamados americanos o anglos y complicaron de nuevo el juego apoderándose, en 1848, de gran parte del suroeste de Estados Unidos. El mismo año, curiosamente, de la aparición del Manifiesto Comunista. Nuevo Méjico pasó a ser estado en 1912; hasta entonces había tenido el estatus de “territorio de los Estados Unidos”, una especie de limbo colonial en el que quedó atrapado tanto tiempo en parte por el color oscuro de muchos de sus habitantes.

Los folletos turísticos insisten cuanto pueden en la singular herencia de Santa Fe y sus tres culturas. En los escaparates de la ciudad se ve a los navajos, a los apaches y a los exóticos y misteriosos anasazi (ancestros de los indios Pueblo) junto a los conquistadores; a los monjes franciscanos del siglo diecisiete al lado de Billy el Niño, el héroe sin ley del Viejo Oeste, o de Georgia O’Keeffe, heroína contemporánea de la refinada modernidad americana. La aridez del paisaje cumple también su papel como

decorado en este romance. Las culturas indígena, hispana y anglosajona viven juntas pero no necesariamente revueltas. Sus tradiciones se entrelazan en una compleja historia de mezcla y separación. Nativos e hispanos llevan desde el siglo XVIII estableciendo lazos matrimoniales, aprendiendo los unos de los otros, trabajando juntos, compartiendo elementos de su vida campesina o de la religión católica, y enfrentándose a los grupos nómadas que los amenazaban por igual. También hay corrientes más profundas de herencia africana, judía o árabe, pero éstas nunca han alcanzado la superficie de la visibilidad turística, a pesar de que las palabras de origen árabe forman parte del vocabulario corriente en Nuevo Méjico tanto en inglés como en español: *árido*, *acequia*, *adobe* o *álamo* son algunos ejemplos.

La afluencia a mediados del siglo XIX de los así llamados americanos o anglos, es decir, de todos aquellos que no eran ni hispanos ni indios, exacerbó las desigualdades económicas y de clase, las diferencias culturales y de una forma muy específica las identidades étnicas que, hoy en día, siguen alimentando los antagonismos locales, aunque estos se silencien ante los foráneos. Lo que realmente tenemos en Santa Fe es una comunidad hispana muy enraizada, pero que se siente excluida de su propia historia y guarda resentimiento hacia aquellos que han reconfigurado la representación de su propio espacio, los recién llegados, fundamentalmente de origen anglosajón, que se han hecho dueños de sus hogares ancestrales y de sus antiguos barrios, renovándolos, al tiempo que critican el “atraso” del estado y marginan a sus oriundos. Por otro lado, entre estos nuevos habitantes es común el “síndrome del puente levadizo”: a todos le gustaría ser el último en instalarse, para que Nuevo Méjico siguiera siendo tal y como lo describen los folletos turísticos, sin demasiada gente *como nosotros* que eche a perder el espejismo.

A pesar de ser uno de los estados más pobres de la unión, como estrategia turística, Nuevo Méjico se ha convertido en un “país fascinante”. De Santa Fe dice la publicidad turística que es la “ciudad diferente”. En este proceso de exaltación de la diferencia ha tenido que diferenciarse no sólo de Estados Unidos, sino del resto de Nuevo Méjico, en gran parte debido a la influencia de los nuevos habitantes, cuyo poder adquisitivo es muy superior al de los oriundos de la ciudad. Debido a una mezcla de esnobismo y de espíritu competitivo, sin duda una de las marcas inconfundibles del capitalismo, aquellos ciudadanos de Nuevo Méjico que pueden identificar a sus antepasados hasta el siglo XVII o XVIII, algunos de los cuales se consideran españoles sin mezcla con los indios y los mestizos mejicanos, se sienten a su vez amenazados por la llegada de sus hermanos pobres de Méjico, que se ven obligados a cruzar la frontera empujados por la necesidad económica, en busca de una vida mejor o incluso por razones de supervivencia. A los habitantes oriundos de Nuevo Méjico no les gustan los cambios, porque perciben, a menudo con razón, que estos siempre les perjudican. Por su parte, los recién llegados descubren que establecerse en Nuevo Méjico puede ser una experiencia totalmente surrealista, casi tanto como el turismo, en la que personas de

lugares muy diferentes se superponen y se estratifican hasta crear una realidad nueva, un collage, que ya no es completamente real para ninguno de ellos.

Prácticamente todos los escenarios turísticos de los Estados Unidos son testigos de un mismo conflicto invisible entre una minoría, cuya memoria sigue siendo visible y conserva su significado, y aquellos que prefieren una visión más polifacética del pasado. Los dolorosos contrastes en las condiciones de vida se hacen palpables cuando los que son relativamente ricos viajan y contemplan asombrados cómo viven los relativamente pobres. Uno de los resultados más perversos de la movilidad moderna es la transformación de las regiones pobres en decorados en los que sus habitantes actúan, imitando a sus antepasados, para regocijo de un público al que el hecho de haber perdido el contacto con sus propios orígenes le hace sentirse superior. Cuando el turismo es la única salida, toda la nación pasa a trabajar en el sector servicios y, ataviada como sus ancestros, se dedica a reescribir el pasado para ponerlo al servicio del presente. Y aunque esto podría representar una oportunidad para un verdadero examen del pasado, los románticos, los amantes de las generalidades y los impostores suelen llegar antes. Hay ciudades, como Santa Fe, que se aíslan del presente y quedan confinadas en un no-lugar de diseño, en una “privatopía” idealizada que ya no atañe a sus habitantes.

Con demasiada frecuencia se analiza el turismo exclusivamente desde el punto de vista de los que visitan y no del de los visitados. Sólo cuando se ha convertido en algo exótico o típico se tiene en consideración, se celebra, la vida de la gente normal; esto es lo que ocurre en el *Rancho de las Golondrinas*, que está ubicado cerca de Santa Fe y constituye un ejemplo bien logrado y sin duda respetable de “museo viviente”. El conservacionista Jonathan Daniels observa que la pobreza “conservará las cosas tradicionales tal como están”... Al menos mientras los impuestos no suban tanto que las familias originales no puedan seguir pagándolos, como ha ocurrido en el East Side de Santa Fe, un barrio rehabilitado donde hace años los nuevos residentes anglos empezaron a sustituir a los oriundos.

A mi modo de ver, el aspecto más pernicioso del turismo es su enorme capacidad para simplificar en extremo la complejidad y las contradicciones de los lugares, hasta borrar por completo la mezcla de diferentes verdades que componen su historia real. El turismo posee la facultad de *poner entre comillas* cualquier espacio. Santa Fe lleva casi un siglo separada de la normalidad, subrayada y caricaturizada por esas comillas. Hace cincuenta años, el geógrafo J.B. Jackson –el más brillante intérprete del paisaje de Nuevo Méjico– describía una Santa Fe “encerrada en sí misma y hostil a la normalización”, llena de “color y vitalidad”. Pero entre tanto su población ha doblado (ahora ronda los 70 000 habitantes), y la mayoría hispana tradicional representa ahora menos de la mitad. En la misma época, durante los años cincuenta del siglo pasado, el historiador de la arquitectura Lewis Mumford intentaba promocionar Honolulu, en Hawai,

como uno de los ejemplos más significativos de “la hibridación de culturas que quizás marque el futuro de la humanidad”. Esto no sólo se parece bastante a esa triple herencia cultural de la que se jacta Santa Fe, la “ciudad diferente”, sino que también suena a advertencia: Honolulu es hoy en día uno de los ejemplos más infames de los peligros del turismo.

Ahora sabemos que una historia sin ninguna atadura, una historia que presenta los acontecimientos y los lugares fuera de contexto, reacia e incapaz de compartir su contenido real, termina transformada por el capital en un objeto comercial. Marie-Françoise Lanfant ha escrito que “el descubrimiento de la herencia (...) rompe de algún modo la cadena significativa que en un primer momento fue capaz de darle autenticidad”. Ahora sólo porta la marca que certifica “la identidad de un lugar para beneficio del visitante anónimo”. Dean MacCannell va más lejos cuando concluye que “el turismo cultural obstaculiza nuestro acceso a los orígenes culturales”. Entiendo que se refiere a que los contenidos reales de la historia permanecen escondidos o se vuelven secretos, como ocurrió con la religión de los indios pueblo durante la colonización española. Este autor nos recomienda “ser respetuosos con la distancia” entre los visitantes (los turistas) y los visitados (los oriundos del lugar), “una distancia que puede estrecharse pero jamás salvarse completamente”. En Santa Fe esta distancia se da entre muchos hispanos nativos y casi todos los anglos, incluso aquellos que llevan varias generaciones asentados en la ciudad, porque en el fondo, ésta es hispana, aunque construida sobre las ruinas de los indios pueblo.

El turismo, como los miradores que hay en las autopistas donde nos paramos a contemplar el paisaje distante, nos aleja de las realidades del espacio vivido, aquel que constituye una verdadera experiencia. Los turistas más veteranos aprenden a distinguir sus propios espacios, aunque no lo parezca cuando invaden ciertos espacios públicos significativos, por ejemplo, la Plaza de Santa Fe. El turismo selectivo es una estrategia defensiva. La vía comercial que atraviesa Santa Fe de norte a sur no tiene nada de pintoresco, de modo que los turistas que pasan por allí para poner gasolina o hacer alguna compra que no sea un souvenir apenas se fijan en esta zona y enseguida la olvidan, pues toda su atención está centrada en el “centro histórico”, la verdadera razón de su presencia en la ciudad. Los turistas de Santa Fe suelen quedar satisfechos y consiguen lo que buscaban: una pequeña y sabrosa dosis de *otredad* fundada en la misma cultura consumista que dominaba la vía comercial, pero disfrazada esta vez de otra cosa.

“La producción capitalista ha normalizado el espacio y ha producido un proceso de banalización extensiva e intensiva”, escribía Guy Debord. El consejo que gestiona el patrimonio de Santa Fe ha seleccionado cada detalle arquitectónico del centro de la ciudad para que nada se desvíe del “estilo pueblo”, el pastiche adoptado en 1912. Se trata de un ejemplo paradigmático de lo que Michael Sorkin llama creación de los

disfraces urbanos. El turismo le impone el disfraz a los habitantes, les guste a estos o no. Pero esta aparente uniformidad ha propiciado una verdadera sutileza, que es la que finalmente consigue que Santa Fe sea un lugar tan interesante y multifacético. Desde fuera la sensación de artificio es inevitable, pero al acercar la mirada, cada adobe, aparentemente idéntico a cualquier otro, resulta ser genuinamente diferente, incluso aquellos que pertenecen a lo que podríamos denominar “Falsa Fe”.

David Nickell opina que la pérdida de autenticidad cultural puede resultar más destructiva que la pérdida del territorio. “Uno puede comprobarlo”, dice, “en aquellas comunidades que a fin de poder comercializarse como producto turístico han tenido que transformarse en la imagen estereotipada de sí mismas. (...) Los nuevos conquistadores pueden considerar que la historia y el folclore de estos lugares tiene un interés intelectual, pero nunca podrán considerarlos verdaderamente suyos.” Más tarde, el autor precisa un poco más la acusación: “La moraleja que se puede sacar de todo esto es que aquellos que han perdido el sentido de la herencia cultural se convierten en un amenaza para su propio espacio”. Este proceso resulta especialmente evidente en Nuevo Méjico, donde hacer turismo entre culturas implica siempre una especie de allanamiento. Este paisaje que *tanto nos encanta* –al margen de cómo haya sido reivindicado, explotado, degradado o disputado– sigue siendo la tierra de los nativos americanos. Entenderíamos mucho mejor nuestros propios paisajes mentales si empezáramos siempre a construirlos partiendo de que sus primeros habitantes, los indígenas americanos. En el suroeste de los Estados Unidos los pueblos indígenas aparecen siempre en la foto como parte del paisaje. El público tiende a refundir la compleja diversidad de las culturas indias ya sea con cierta fantasía anacrónica, ya sea con esas galerías de arte pintadas de beige y turquesa, en cuya decoración encontramos ejemplos varios de robo descarado de la imaginería nativa.

Si vives desde hace tiempo en un lugar y resulta que te toca a ti aparecer en las fotos de los turistas, si descubres que tu vida y tu historia ya sólo importan en la medida en que son un entretenimiento, más te vale tomarte en serio la industria del turismo. En Nuevo Méjico, este es el papel, a menudo trágico, que representan los nativos americanos, cuyos hogares se supone que existen solamente para ser mirados por los foráneos. Los indios pueblo viven confinados en pequeñas reservas fragmentadas, versiones modernas de las grandes ciudades que habitaron hace mil años, de las que el único ejemplo en pie es Taos Pueblo que conserva todavía algo de lo fueron aquellos centros urbanos. Rina Swentzel, una investigadora de la Universidad de Santa Clara experta en los indios pueblo, se pregunta hasta qué punto se puede llevar una vida normal “cuando cada día aparecen en sus comunidades veinte extraños y empiezan a preguntarles por qué se visten como se visten, por qué construyen así sus casas y por qué viven como viven”. Y luego comenta no sin cierta exasperación: “decís que queréis diversidad, pero cuanta más diversidad deseáis más la destruíis”.

El turismo ha sido probablemente el golpe más duro que ha sufrido la geografía mental y cultural los nativos americanos después del largo proceso de conquista y pérdida de tierras que se inició a principios del siglo XVII. La pérdida de su territorio es el acontecimiento histórico más relevante para muchas tribus. Los indígenas, aunque sus condiciones económicas no sean mejores que las de los hispanos, viven a menudo en sus propias reservas o guardan con ellas una relación muy estrecha. Estas reservas constituyen una especie de naciones relativamente autónomas dentro de Estados Unidos, con un sistema legal y unas tradiciones que se ven rodeadas y enfrentadas diariamente a la cultura dominante. De modo que ambas comunidades, nativa y latina, viven situaciones bastante diferentes. Para la industria turística, los indios resultan mucho más exóticos que los latinos. En las listas de preferencias turísticas de Nuevo Méjico, los nativos americanos ocupan el segundo lugar sólo superados por “la naturaleza”.

Estas divisiones estereotipadas entre indígenas e hispanos aparecen aún más simplificadas en el tipo de recorridos que ofrece la Oficina de Turismo del estado. En Nuevo México, el arte nativo y el hispano se exhibe en museos diferentes, y aparte de la Fiesta de septiembre, que es una creación anglosajona que idealiza la religión y la cultura hispanas, los dos grandes eventos del calendario turístico de Santa Fe son el Mercado Español, que tiene lugar en julio, y el Mercado Indio que se celebra en agosto. Ambos ofrecen artesanía con un alto control de calidad. En el Mercado Español destacan los textiles, los trabajos en madera y estaño y los *santos*, los *retablos* y los *bultos*, los términos españoles que se utilizan en el mercado anglosajón para distinguir entre los diferentes tipos de *imágenes* religiosas. En el Mercado Indio, que es mucho más importante y más grande, dominan los productos de alfarería, la joyería y los tejidos y cuenta con una miríada de eventos y exposiciones que lo convierten en un inmenso acontecimiento turístico que sirve de punto de encuentro para los propios artistas indios. Aunque la mayoría de los indios pueblo, los navajos y los apaches habitan sus propios territorios, Santa Fe sigue siendo el centro comercial que fue desde su origen. Los dos mercados han terminado incluyendo algo de arte contemporáneo, pero siguen centrándose en el arte y la artesanía tradicionales. El número de puestos es limitado y, por lo tanto, a fin de poder beneficiarse de una feria que suele ser bastante lucrativa para quienes participan en ella, es fundamental pasar la selección previa. Muchos artistas dependen del Mercado Indio para subsistir durante el resto del año. Los más conocidos pueden colgar el cartel de vendido antes de la inauguración oficial, y aquellos que son premiados pueden contar con unos buenos años en el futuro.

Ambos mercados ocupan la Plaza Central, que fue antaño el corazón de la ciudad y ha sido colonizada por las tiendas de souvenirs más lujosas. La Plaza se abre frente al Palacio del Gobernador, el edificio administrativo más antiguo de los Estados Unidos, el cual fue utilizado por los indios pueblo durante los trece años que duró la revuelta de 1680, la rebelión indígena más larga de la historia de Estados Unidos, aunque en

aquella época Nuevo Méjico fuera todavía una provincia de Nueva España. Hoy en día sólo los artistas indios tienen derecho a utilizar el pórtico del palacio para vender sus mercancías, un año de cada dos, aunque en alguna ocasión esto ha dado lugar a protestas al considerar la población no indígena que se trataba de un favoritismo racial. Como anotaba Nelson Graburn en su clásico *Ethnic and Tourist Arts* (“El arte étnico y turístico”), el estudio de esas artes es en realidad el estudio de “unas artes cambiantes (...) de unas etnicidades emergentes, de unas identidades en continua transformación, de los acicates coloniales y comerciales y los actos represivos”. Asimismo, Graburn comentaba que los turistas suelen preferir los souvenirs que combinan bien con el color de piel de los artesanos que los fabrican. Santa Fe es por decreto marrón, o del color del adobe. Un alcalde excesivamente locuaz, Debbie Jamarillo, llegó a decir años atrás que se habían encargado de pintar de marrón el centro de Santa Fe y luego habían echado de allí a los que tenían la tez de ese color.

Durante los años ochenta, el “turismo cultural”, que había mantenido a Santa Fe durante años, se transformó en algo todavía más timorato, “estilo Santa Fe”, como se dio en llamarlo. La ciudad original estaba construida en adobe y ladrillo de barro. Pero hoy en día sólo los más ricos pueden permitirse esos materiales, pues requieren mucha mano de obra. Así que resulta que Santa Fe o “Falsa Fe” o el “parque temático del adobe” está construido con un falso adobe hecho de estuco que sólo puede satisfacer a aquellos que están más interesados en el “estilo” que en la esencia. El “estilo Santa Fe” se apropia no sólo del adobe, sino también de la cultura material de aquellos que ya no pueden permitirse adquirir sus propios objetos de arte y antigüedades. Las telas de los navajo, el diseño de los pueblo, la artesanía hispana de la madera y el estaño, el arte de los cowboys, la elegancia aristocrática o la modestia plebeya, nada resulta barato. Los propietarios de las viviendas de lujo – más californianas que mexicanas, mucho más grandes que cualquier “hacienda” tradicional y a menudo colgadas de las laderas que dominan la ciudad – se sienten a menudo obligados a vestir el hábito de su personaje, es decir, a ataviarse, en una extraña mezcla de navajo, pueblo e hispano, con terciopelo y plata, pantalones vaqueros de diseño y unos botos de lujo que no fueron pensados para pisar el estiércol.

Esto parece una caricatura, y sin embargo, describe a una parte, pequeña pero muy visible, del turismo. Por supuesto, no se puede decir que quienes poseen una casa en Santa Fe sean turistas en el sentido estricto de la palabra, por eso utilizo la expresión “turistas con segunda vivienda” para designar a aquellos que tienen casa muy grande en la ciudad, pero habitan en ella una parte muy pequeña del año. El profesor de arquitectura Chris Wilson, en su innovador libro *The Myth of Santa Fe*, condena esa “satisfacción superficial” del estilo Santa Fe, que ha “proporcionado una imagen de marca para la economía turística”. Según él, desde 1990 se viene dando “una crítica política de los efectos sociales negativos del turismo en conjunción con las demandas de vivienda asequible, de ayuda para los barrios y de una mayor innovación

urbanística". Wilson defiende "un regionalismo crítico que sea capaz de sacar provecho del turismo para satisfacer las necesidades sociales locales y desarrollar una política de vivienda capaz de encontrar un equilibrio entre las aspiraciones individuales y colectivas". Pero advertía que la decisión pertenecía a los vecinos de Santa Fe. Han pasado doce años desde la publicación de su libro y la respuesta a estas demandas todavía no ha llegado. Si el turismo no es capaz traer justicia social además de beneficios económicos, no merece la pena. Pero Santa Fe no puede deshacerse de él. Conseguir una presentación fidedigna y estructurada, sofisticada sin llegar a ser elitista, de esta ciudad fascinante supone un verdadero reto.

La noción de "regionalismo crítico", en la que a menudo hay más crítica que regionalismo, se ha puesto de moda en el ámbito del paisajismo. Entre otras cosas permite redefinir el turismo, una industria que depende de un regionalismo *sin* crítica. Santa Fe es un ejemplo clásico de un regionalismo poderoso a punto de hundirse bajo el peso de sus propios mitos. (Imagino que algo parecido le ocurre a Sevilla. No me importaría escuchar algo al respecto cuando se abra el coloquio.) Algunas ciudades como Nueva York o San Francisco se pueden describir como ciudades globales. Santa Fe *necesita* seguir siendo regional a fin de beneficiarse del turismo y de la industria cinematográfica, aun a riesgo de quedarse sin compradores locales. A veces parece, de hecho, que el pasado de Santa Fe va a dominar su paisaje urbano con mano de hierro y para siempre. El escritor Hill Dubuys, explicaba que aquellos que en 1912 reinventaron este lugar, definiéndolo como "una ciudad diferente" se quedarían maravillados "no tanto del éxito que alcanzó su visión, sino de que nadie haya tratado de cambiarla en todo este tiempo".

La situación que tenemos ahora corresponde a lo que el geógrafo Edgard Soja denomina "tercer espacio" o "paisaje del tercer tipo", que surge del tránsito constante entre lo real y lo imaginado, lo local y lo global. Nuevo Méjico es un espacio de este tipo por muchas razones. Nuestro tercer espacio es el propio turismo, el *consumo* de otros lugares y otras culturas, o la asimilación de su energía. La ventaja del regionalismo es que las influencias exteriores son filtradas localmente y no de forma global. Personalmente, he venido defendiendo la yuxtaposición de las dos perspectivas, la más amplia y la más circunscrita, para conseguir un paisaje poroso y descentrado, con aperturas suficientes para que los turistas puedan entrar y salir.

Todos nosotros heredamos del lugar donde vivimos, durante el tiempo que lo hayamos hecho, la responsabilidad de valorar el paisaje y de transmitir a aquellos que no viven en el mismo lugar los significados que surgen del dinamismo de nuestros espacios culturales. Siempre le estoy dando vueltas a la idea de un turismo local inteligente, a cómo tendría que ser; y a cómo forjar una forma comunicable de historia local que los residentes puedan adoptar. También guardo la esperanza de que los pueblos nativos y los artistas sean capaces de imaginar nuevas formas de turismo que nos ayuden, a

todos los demás, a despojarnos de las falsas expectativas culturales que nos ha creado esa forma de reblandecerlo o decolorarlo todo propia de la historia occidental, de modo que no acabemos por los trillados caminos del mínimo denominador común.

La dialéctica entre el pasado real y sus simulacros o las versiones maquilladas que alimentan el turismo debería utilizarse como material para un arte cáustico y provocador. El turismo es en sí mismo una forma de arte, si es cierto, como explica Alexander Wilson, que la experiencia turística es una manera de organizar el paisaje y nuestra percepción de él (...) de involucrarnos en las distintas superficies de la vida cotidiana, una forma de devolverle la unidad a un mundo fragmentado”. Como había predicho Ludwig Feuerbach, nos estamos convirtiendo en una sociedad de *voyeurs*, de mirones y de fisgones; y si enseñarnos a mirar es el cometido del artista, esto debería abrir muchísimas posibilidades para los artistas plásticos, quienes deberían ser los primeros en interesarse por cómo son representados los lugares donde viven. Tener una idea clara de cómo nos manipulan las representaciones es imprescindible para sobrevivir en el mundo posmoderno. Del mismo modo que se habla y se escribe sobre la responsabilidad que tienen los turistas en unas situaciones que ellos mismos deploran, los artistas son también responsables de la manera en que vemos el mundo.

Pero ¿pueden realmente los artistas ayudar a reformar el turismo? El mundo del arte está tan cautivo del capitalismo y de la globalización como cualquier otra actividad. Los artistas trabajan en el espacio restringido que se les asigna, por muy radicales que sean políticamente o por fuerte que sea su deseo de trascender su propio contexto. Las agencias de turismo locales podrían apoyar a los artistas contratándolos, no para decorar o ilustrar, sino para investigar y explorar, de modo que participaran de forma activa, sin contentarse con aumentar su público de compradores, sin limitarse a dar romanticismo a las imágenes y dar color a las calles, sino ayudándonos a construir la percepción de nuestros lugares, como una forma de colaborar con la gente que vive en ellos.

Terminaré comentando dos obras de arte público que sirven como ejemplo de alguna de las cosas de las que hemos hablado. En 1999, el SITE - la bienal de Santa Fe - encargó a Charlene Teters, una artista india de la tribu spokane, la obra *Obelisk: To the Heroes* (“Obelisco a los héroes”), una replica en adobe del Monumento al Soldado, un obelisco de piedra erigido en 1858 en el centro de la plaza mayor de Santa Fe que tiene la siguiente inscripción: “A los héroes que lucharon en tantas batallas contra los indios salvajes”. Hace 20 veinte años, a plena luz del día, un hombre con ropa de trabajo saltó la valla de hierro que protege el monumento y borró a golpe cincel la palabra “salvajes”. Nadie le prestó de demasiada atención. Aquella única palabra “SALVAJES” reaparece en la obra de Teters para, como ella misma explica “invertir el estatus de la víctima”. Los recuerdos de Teters han sido integrados en la superficie del adobe -juguetes de plástico, joyas, cartas y monedas- cada uno de ellos con un significado específico para

la artista y quizás también para otros indígenas. Pero al mismo tiempo animaba a los visitantes a llevarse estos objetos, en línea con la respetada obsequiosidad tradicional india. El público respondió dejando sus propias cosas alrededor del obelisco. Durante más de dos años el obelisco de adobe de Teters se irguió en un lugar muy visible, delante del Roundhouse, el Capitolio de Nuevo Méjico. Si hubiese permanecido durante el tiempo suficiente habría terminado disolviéndose de nuevo en la tierra, como ocurrió tantas veces con las aldeas de los indios pueblo.

En *Cultural Crossroads of the Americas* (“Encrucijadas Culturales de las Américas”), la obra de arte público que la ciudad de Albuquerque y la Universidad de Nuevo Méjico le encargaron en 1997, el artista apache Bob Haozous pretendía rendir un homenaje a la sabiduría de los indígenas al tiempo que criticaba el mundo tecnológico de los anglosajones. A la izquierda se ven tres figuras con referencias aztecas, dos de ellas encaramadas a la serpiente plumada Quetzalcoatl. Delante, aparece caída una versión estilo cowboy de la conocida escultura *The End of the Trail*, que ha llegado a ser odiada por los nativos por las connotaciones de derrota que posee. Cuando la maqueta que presentó ya había sido aceptada, Haozous añadió unas espirales de alambre espinoso a la estructura de de acero, que recuerda a una valla publicitaria, a fin de hacer más hiriente, en sentido literal, su crítica. El director del Museo Universitario acusó al artista de incumplir su contrato. Aquello provocó una complicada batalla legal y Haozaous se vio forzado a aceptar un acuerdo y retirar el alambre, porque de lo contrario no le pagarían; y para entonces ya se había endeudado en su construcción y en su defensa legal. Él insistía, en mi opinión con razón, en que el alambre mejoraba la obra, tanto en su forma, al romper la estructura rectangular, como en su contenido, al resaltar en varios sentidos la noción de cruce de fronteras.

Estos monumentos, que son capaces de cuestionar la historia, sirven de guía hacia un turismo más inteligente. Existe espacio para estas propuestas y también para los monumentos más convencionales, como el *The End of the Trail* de Santa Fe. Un arte público múltiple y diverso alienta a las diferentes comunidades a producir sus propios relatos. Los artistas pueden facilitarlos o aún mejor *provocarlos*, en vez de limitarse a ofrecer con cuentagotas sus interpretaciones. Los artistas de performance podrían recorrer la ciudad como guías turísticos aleatorios (en vez de los fantásticos, pero pasivos hombres estatua, tan corrientes en las ciudades europeas). Las revistas de viajes, que suelen ser bastante planas y sosas, podrían renovarse y permitir algún debate, un poco de pensamiento crítico, e introducir alguna respuesta por parte de aquellos que son objeto de la curiosidad, proponer alguna imagen de doble filo, etcétera. Podríamos deconstruir y reconstruir la bibliografía sobre el turismo. Los mapas turísticos, los libros explicativos, los folletos informativos podrían ser creados colectivamente por los residentes con la ayuda de artistas y escritores locales. Los fotógrafos visitantes – y de estos tenemos unos cuantos en Nuevo Méjico – podrían asociarse con la gente para participar en el proceso turístico desde ambos lados del

espejo. Las oficinas de correos, las tiendas o los edificios oficiales podrían contar con expositores que educasen a la comunidad sobre los restos y lugares de interés histórico y arqueológico. Hasta los turistas podrían volver a casa con alguna que otra idea sobre su propia ciudad de origen.

Nada de esto sería fácil. Pero pese a todos nuestros problemas, creo que los habitantes de Nuevo Méjico han tenido *internamente* bastante éxito a la hora de transmitir la historia viva a las siguientes generaciones. De todos modos el pasado por sí sólo no puede alimentar un paisaje urbano lleno vitalidad durante tanto tiempo. Para bien o para mal, el turismo trae consigo el mundo exterior y va a seguir siendo una parte importante de esta historia. Y una ciudad pequeña pero tan vital como ésta necesita mantenerse en contacto con el mundo. La insularidad ha dejado de ser una opción en un momento en el que la industria desaparece y las multinacionales abandonan sus bases locales en busca de trabajo más barato en el tercer mundo. Y nada de esto va a mejorar, especialmente ahora que el colapso financiero nos va a pasar factura. Las observaciones sobre el turismo están cargadas de contradicciones, pero son las contradicciones las que definen a una sociedad diversa y multipolar como la que yo deseo para mi comunidad. J.B: Jackson opinaba que para los estadounidenses la historia es una “discontinuidad dramática” que da origen a la “necesidad de las ruinas”, la cual, a su vez, proporciona el incentivo necesario para la restauración, el retorno a los orígenes sociales, o lo que él denominaba “el paisaje renacido”.